

Entrevista a Giuseppe De Marzo

Giuseppe De Marzo es economista, activista y coordinador de la campaña contra la pobreza en la organización social italiana Libera (www.libera.it). Hasta recientemente ha sido portavoz de la asociación A Sud, vinculada al Centro de Documentación en Conflictos Ambientales (CDCA), del que fue miembro fundador. En los últimos 15 años ha acumulado una amplia experiencia en los movimientos sociales de Italia y América Latina. Es miembro del proyecto EJOLT (Environmental Justice Organizations, Liabilities and Trade) y director científico del mismo. Escribe habitualmente en la prensa italiana y es autor de varios libros, entre ellos Buen Vivir, por una nueva democracia de la Tierra y Anatomía de una revolución (Castelvecchi, 2012), su última publicación.

Nuria del Viso: Tu último libro llega en un momento de colapso en Europa y del proyecto europeo, de fuertes recortes y retroceso de los derechos, con alto coste para los países del sur de Europa. Como economista y activista, ¿cuál es tu lectura de la crisis?

Nuria del Viso,
FUHEM Ecosocial

Giuseppe De Marzo: Estamos ante una crisis inédita, estructural y sistémica del modelo de desarrollo. Una crisis que en Europa ha sido, por parte de la élite económica y financiera, primero ignorada, después negada y por fin “contada” como una crisis, primero, de sobreproducción y, después, de deuda soberana. En realidad nos encontramos ante cinco crisis entrelazadas que diseñan un escenario inédito, estructural y sistémico de la crisis. Al mismo tiempo, interactúan entre sí la crisis ecológica, económica, alimentaria, migratoria y financiera. Esto jamás ha sucedido en nuestra historia. La crisis de 1929 no es nada en comparación a esta. En este sentido la crisis no afecta solo al modelo económico y de producción, sino a todo el paradigma de civilización occidental, ya insostenible socialmente, ambiental y económicamente. Una crisis que la gobernanza mundial no consigue gestionar, ya que es imposible de invertir dentro de la actual arquitectura de las instituciones financieras y comerciales internacionales.

A una crisis de tal calibre no se puede responder con recetas basadas en los mismos modelos que la han provocado, como siguen haciendo los gober-

nantes europeos. Por ejemplo, el pacto fiscal impuesto por los grandes intereses financieros europeos representa una verdadera soga en el cuello para la democracia europea.

Respetar las limitaciones impuestas por Europa está teniendo un impacto dramático en las condiciones materiales de la mayoría de la población europea, y las simulaciones macroeconómicas nos dicen que será cada vez peor. Los gobernantes europeos, en vez de identificar las responsabilidades de las finanzas y de imponer reglas para impedir la gigantesca especulación todavía en curso, han logrado hacer creer que estamos ante una crisis de deuda, cuando en realidad son las propias recetas europeas las que la han incrementado. Pensad en el Gobierno de Monti en Italia. Sus políticas llevaron la deuda pública del 117% al 128%. El *spread* sobre los bonos alemanes ha disminuido, pero los italianos son más pobres, sufren más desempleo, tienen menos derechos y un territorio devastado ambientalmente. No hay futuro para la democracia europea si seguimos por este camino. Sin embargo, la élite europea continuaba evocando a Monti como un salvador y seguía manteniendo que esa era la única alternativa posible.

Al mismo tiempo, no se puede salir de la crisis simplemente criticando este modelo si las respuestas son incompletas o no están a la altura del desafío. Debemos afrontar la crisis en sí misma, teniendo la capacidad de responder simultáneamente al entrelazamiento de las crisis, pensando en el sistema como un complejo de partes. Esto significa que para desarrollar y difundir una nueva conciencia necesitamos un cúmulo de análisis a partir de un enfoque interdisciplinario, multicriterio e interdependiente. Nos encontramos en una crisis que es cada vez más una crisis de la democracia y sus formas. Los movimientos y nuevos sujetos nacidos en Europa a partir de ella siguen sosteniendo la importancia de la participación en las decisiones de los ciudadanos europeos sobre cuestiones fundamentales como el trabajo, los servicios básicos, los derechos sociales, la defensa de los bienes comunes y los acuerdos multilaterales.

NdV: Tu libro examina los profundos desajustes y contradicciones de un modelo económico, basado en un crecimiento sin fin que no atiende a los límites biogeofísicos del planeta. Como dices, no se trata sólo de una crisis global, sino *total*, en donde se solapan distintas crisis. ¿Estamos contemplando el fin de una época?

GDM: Sí, seguramente estamos al final de una época. De hecho, antes hablaba de crisis del “paradigma de civilización” de Occidente. El punto es que no se sabe si al final de esta época nacerá una mejor. Tenemos que trabajar, porque podría ser peor si no nos empeñamos. El capitalismo y la democracia liberal se han divorciado. Hoy en día, la democracia parece ser un “coste” insostenible si se quieren imponer reformas estructurales de *gobernanza “liberista”* en situación de fuerte pérdida de credibilidad en todas partes. La cri-

sis de 1929 dio a luz el fascismo y el estalinismo, no lo olvidemos. A menudo, en una crisis las clases medias y populares acaban mucho peor de como entraron en ella. Por todo esto, es fundamental poner en práctica una respuesta política fuerte, que se centre en la justicia ambiental y social, capaz de emocionar a la mayoría silenciosa, indicando alternativas que sepan dar contenido inmediato a las posibles propuestas.

NdV: El modelo económico capitalista se jacta de ser “racional” y lleva a gala la eficacia, cuando su propia lógica nos ha conducido hasta aquí, e insiste con tozudez en “soluciones” que nos enfangan cada vez más. ¿Qué otras falsedades y qué otros artefactos del discurso público hegemónico es necesario desenmascarar?

GDM: El modelo capitalista tiene la gran capacidad de saber capturar en el plano cognitivo diferentes propuestas que podrían poner en dificultad su funcionamiento. También tiene una extraordinaria capacidad de hegemonía gracias al control casi total de los principales medios de comunicación, una mezcla que amenaza con sepultar para siempre la democracia y con ella, cualquier otra alternativa.

El nudo más importante que creo deberíamos elegir es el que enlaza crecimiento económico, desigualdad social y destrucción ambiental.

En la actualidad existe una relación que muestra cómo el crecimiento económico en estas condiciones produce aumento de pobreza y destrucción del medio ambiente, que es lo contrario de lo que se nos ha contado durante décadas. El crecimiento del PIB significaba en el pasado, cuanto menos, una mayor igualdad social. Hoy en día, los Programas de las Naciones Unidas, como el PNUD o el PNUMA, muestran, paradójicamente, todo lo contrario: cuanto más crece económicamente este sistema, mayor es la desigualdad y peor la situación del medio ambiente y de nuestros territorios. Sin embargo, todos los políticos continúan dando como única receta anticrisis el crecimiento económico. No sólo es una medida parcial, sino que ahora tenemos las pruebas de que se muestra del todo contraproducente, ya que el aumento de la riqueza se queda en manos de unos pocos en detrimento de muchos y de los derechos del medio ambiente. Esta es la prueba definitiva del fracaso de este modelo en términos de conveniencia social. Basándonos en esto, debemos producir información y difundir una nueva conciencia. No es fácil porque significa ir contra el “sentido común”. Pero es una batalla inevitable.

NdV: Los conflictos socioecológicos que se multiplican por todo el mundo en esta fase del capitalismo tardío hacen patente la lógica de desposesión imperante. Se plasma en la privatización/usurpación por parte de una minoría de los recursos y servi-

cios ambientales –en buena parte, bienes comunes– (mientras que se socializan los daños ambientales y sociales de forma desigual, geográfica y socialmente. ¿Cómo interpretas la eclosión de conflictos socioecológicos? ¿Podrían considerarse el máximo exponente de esta fase del capitalismo?

GDM: Los conflictos de distribución ecológica son la prueba científica del fracaso o de las características destructivas del modelo “*liberista*”. Lo que yo llamo *spread* ecológico es la medida del robo de los derechos, de riqueza y de futuro, perpetrado por los gobernantes. El *spread* ecológico mide la pérdida de riqueza natural que cada año sufre la humanidad. Este déficit no es sólo ambiental, sino que para nosotros “naturaleza humana” se traduce en empobrecimiento social y económico. El desarrollo de los seres humanos y las capacidades de reproducción de nuestras economías y civilizaciones están vinculadas a la capacidad de la Tierra de autogenerarse y autoorganizarse. Cada año seguimos contrayendo una deuda con la Tierra y sus consecuencias son el aumento de la pobreza y una posterior degradación ambiental. Lo llamamos *global overshoot day*, y este año llegó el 22 de agosto. Esto significa que consumimos más respecto a lo que la Tierra produce y regenera. Del 23 de agosto al 31 de diciembre, el sistema consume un 30% más de lo que podría. Esto representa un círculo vicioso que acrecenta la crisis. Por eso decimos que el *spread* ecológico es una medida del fracaso de la gobernanza.

NdV: Desde el propio sistema se proponen *reformas*, como el “desarrollo sostenible” (¿un oxímoron?) o más recientemente, la “economía verde”. ¿Por qué no pueden funcionar estas soluciones?

GDM: Porque son soluciones internas al modelo capitalista. En realidad no tienen como objetivo la construcción de comunidades sostenibles y de políticas de desarrollo encaminadas al aumento del empleo, la salvaguarda del medio ambiente y de nuestros bienes comunes. Son políticas cuyo objetivo, por propia admisión, es expandir el crecimiento económico. La “preocupación” ambiental viene a continuación, así como la del trabajo. El modelo se prepara para dar luz a una nueva y última burbuja especulativa sobre este mismo terreno. El desarrollo sostenible y la economía verde tienen como objetivo principal el crecimiento económico. El otro gran error es dejar en manos privadas cuestiones que para la especie humana tienen relación directa con nuestra supervivencia. El sector público, junto con las comunidades y los trabajadores deberían gestionar la necesaria transición hacia una reconversión ecológica de las actividades productivas y de la cadena energética. Sólo a través de la participación de las instituciones públicas y de las nuevas instituciones sociales es posible alcanzar la sostenibilidad ecológica. Esta última representa el obligado camino a través del cual garantizar al mismo tiempo la justicia distributiva. De todo esto no hay ni rastro en las propuestas privadas de la economía verde, que remarcan los mecanismos de acumula-

ción y concentración. En lugar de esto, necesitamos una reconversión ecológica distribuida y participada, exactamente lo contrario de lo que se propone.

NdV: Como indica el título de tu último libro, más que reformas abogas por una revolución. ¿En qué sentido se trataría de una revolución? ¿Cuáles son las claves del nuevo paradigma que propones? ¿Qué lugar ocuparía el crecimiento económico: decrecimiento, crecimiento estacionario... otro?

GDM: Considerando imposible sobre un plano práctico y científico resolver la crisis con las actuales recetas de campo, y siendo conscientes de que no serán las categorías del pasado las que suministren las herramientas necesarias para invertir la rueda, necesitamos pensar en la forma y en la estructura que haga posible el cambio. Por eso hablo de “anatomía” de una revolución. Anatomía es una palabra griega que significa, precisamente, la forma y la estructura. El objetivo que tenemos es “vivir bien”. Lo que nos hace vivir mal es este modelo, completamente impermeable por su naturaleza a una reforma voluntaria. Por lo tanto, cambiarlo es un imperativo que todos deberíamos plantearnos. Los pilares de este cambio deben basarse en una nueva relación entre justicia y sostenibilidad. Tenemos, por ello, necesidad de ampliar el paradigma de la justicia; tenemos que alcanzar la justicia ambiental si queremos hacer justicia social. Esto nos llevará inevitablemente a redefinir el paradigma de la sostenibilidad, que no puede ser reasumida dentro del concepto de economía verde. La sostenibilidad ecológica se puede lograr solo si hacemos justicia a la naturaleza. Esto significa reconocer los derechos de la naturaleza y ampliar la comunidad de la justicia, incluyendo también la naturaleza no humana. A partir de esta nueva relación entre justicia y sostenibilidad podemos construir un modelo económico que responda a estas necesidades, un nuevo modelo basado en la desmaterialización, eco-suficiencia y bio-coherencia, capaz de “democratizar el desarrollo” y de elaborar concretamente las políticas necesarias para redistribuir la riqueza, crear nuevos puestos de trabajo, fortalecer la participación democrática de los ciudadanos, defender los bienes comunes y las comunidades de vida.

NdV: Al nivel global estamos viendo procesos muy esperanzadores (los Foros Mundiales, el movimiento 15-M en España/Europa y *Occupy Wall Street* en EEUU... También movimientos como *Vía Campesina*, con su doble dimensión local y global. ¿Cuáles serían las claves para seguir impulsando y expandiendo estos movimientos? ¿Qué papel puede tener la izquierda clásica en ese proceso de cambio?

GDM: Cuanto más muere la crisis, más nacen nuevos sujetos sociales para contrarrestar el modelo. Esto significa que cabría esperar un consiguiente crecimiento de sujetos nacidos a partir de conflictos ecológico-distributivos. Creo que los movimientos en Europa,

como ha sucedido por ejemplo en América Latina, deben asumir la responsabilidad de tematizar la política. La crisis, como decíamos, no solo afecta a las formas clásicas de representación, sino también a los movimientos. Nosotros también debemos cambiar. Tenemos que proporcionar más respuestas y transformarnos en una “sociedad en movimiento”, tematizando la política. Significa reforzar experiencias de autogobierno, autoconsumo, consumo compartido, educación popular, democracia participativa y comunitaria. Tenemos que experimentar sin miedo nuevas formas de institucionalidad social, tratando de “dispersar el poder” en lugar de concentrarlo, reforzando las comunidades locales. Pero al mismo tiempo, no podemos ignorar que sólo con el nivel local no es suficiente. Algunas cuestiones importantes como la justicia climática, la soberanía alimentaria y los acuerdos multilaterales solo pueden abordarse si conseguimos actuar a nivel global, no solo local. Esto nos obliga, además, a fortalecer las redes y las experiencias de buen gobierno a nivel internacional. Debemos imaginar la creación de una “internacional de la Tierra y del buen vivir”. Es el momento en el que los movimientos deben innovar parte de sus prácticas, de los lenguajes y de los objetivos, tratando de autorrepresentarse, vista la pérdida de credibilidad y la incapacidad de las soluciones ofrecidas por las fuerzas tradicionales de la política. Es un camino difícil, pero al mismo tiempo fascinante y de gran perspectiva para todos nosotros si somos capaces de comprender su enorme potencial.

NdV: Tu libro, que lleva el subtítulo *Justicia, ambiente y trabajo*, realiza un análisis integrador de ámbitos que el análisis económico tradicional ha mantenido separados: lo económico, lo social y lo ambiental y ecológico, todo ello examinado desde una perspectiva política en la que la justicia ambiental y los derechos sociales y laborales, son pieza clave del paradigma. ¿Cuáles son los puentes e interconexiones entre estos distintos ámbitos?

GDM: Como he mencionado antes, es imposible hacer justicia distributiva si primero no llegamos a la sostenibilidad ecológica. Sin justicia social, el desempleo y la desigualdad continuarán creciendo como está sucediendo en Europa. Este es el punto de partida. Para crear trabajo tenemos que alcanzar la justicia ambiental y la sostenibilidad ecológica. Las tres cuestiones están relacionadas entre sí. Por lo demás, la Tierra es un sistema autopoietico, y no mecánico, y nosotros somos parte de la Tierra, por si a alguno se le hubiera olvidado. La teoría de sistemas nos enseña, desde hace tiempo, que no puede intervenir sobre una parte de un sistema, sino en la relación entre estos. Entre nosotros, naturaleza humana, y el resto de la vida, existe una relación de interdependencia, reciprocidad, correlación, correspondencia y relacionalidad. Ignorarla seguirá ampliando la crisis. Reconocerla nos permitirá colocar las piezas y observar las relaciones existentes, dándonos la oportunidad de invertir la rueda de la crisis y la pérdida constante de derechos sociales, ambientales y laborales que experimentamos en todos los aspectos.

NdV: En algunas regiones, como la andina, han desarrollado ya un nuevo paradigma, el de *sumak kawsay*, poniendo al humano y a la naturaleza en el centro, incluso otorgando derechos a la naturaleza ¿Qué podemos aprender desde Europa? ¿Sería aplicable también a nuestras sociedades? ¿Con qué matices?

GDM: El reconocimiento de los derechos de la naturaleza es algo que nos sirve a todos, no importa donde estemos. Los derechos humanos sin derechos de la naturaleza son imposibles, como las violaciones de derechos humanos confirman, a pesar de los muchos acuerdos internacionales. Así, la justicia social se vuelve inalcanzable si no empujamos al mismo tiempo para llegar a la sostenibilidad ecológica. Necesitamos superar el reduccionismo jurídico del modelo capitalista, donde los derechos de la propiedad aplastan a los derechos sociales y colectivos. También en Europa tenemos que entender cómo la liberación del hombre y la mujer depende de la capacidad de liberación de la Tierra. Por ello tenemos que reconocer a la naturaleza como sujeto de la historia y no como un objeto de uso y consumo de la voracidad humana. Así ganaríamos especialmente los seres humanos, y mucho menos el modelo capitalista.